

Los oficios en la edad antigua

Gilberto ALZATE AVENDAÑO

Advertencia preliminar

Este ensayo se justifica como fragmento de un amplio estudio inconcluso, como amontonamiento de materiales históricos, tal vez como anexo erudito a una exégesis del régimen corporativo, que es el fenómeno jurídico y económico más trascendental de nuestra época.

Mi ánimo fué establecer las sucesivas formas de asociarse los hombres por afinidades profesionales, para deducir algunas leyes. Los que como yo creen que la historia es la ciencia del devenir o un orden en movimiento, según definiciones clásicas, han de explorar tiempo adentro la raíz de los sucesos actuales. No voy a insinuar que el estado por estamentos o el corporativismo de hoy sean derivaciones de los gremios medioevales y menos de las imprecisas formaciones antiguas a que se concreta este trabajo. Estoy exento de tamaña ignorancia y simpleza. Quería precisamente establecer coincidencias y desemejanzas, nexos y saltos, a través de un vasto tapiz histórico con sucesión de cuadros. Para ello era necesario mostrar las eflorescencias del espíritu asociativo en cada ciclo, cómo las corporaciones nacen, crecen y perecen dentro de las peculiaridades anejas a las diferentes épocas. Por infortunio, habiéndome hecho muy prolijo en los comienzos por el afán de enmarcar los gremios antiguos en la vida colectiva total y hacerlos sufrir sus vicisitudes, no pude totalizar mi prospecto con un recorrido desde los primeros artesanos hacinados hasta el ejército industrial contemporáneo. He sido vencido, transitoriamente, por la vastedad del tema. Pero antes de publicar un trabajo completo me propongo condensar los contornos de la edad antigua un tanto difusos aquí.

Trátase de una grata y larga tarea, una exploración de recodos históricos. Viene la edad media, imprecisa en sus amaneceres, con su economía natural; el conflicto jurídico entre la concepción románica y la germánica de la propiedad territorial; el régimen feudal en los señoríos y monasterios; el nacimiento de los comunes y el auge de la burguesía; las gildas y cofradías; la preponderancia del artesanado y su fortificación gremial. Es menester una paciente compulsión de documentos, tales como el "Judicia Civitates Athelten", "Le Livre des Metiers" de Etienne de Boileau, las "Ordenanzas del Honrado Consejo de la Mesa", los "Usatges" de Barcelona y los estatutos florentinos del Arte de Calimala, donde aparece el ordenamiento corporativo, con su rotación jerárquica en maestros y aprendices; con sus monopolios y conflictos de medianería entre los gremios; con la vida piadosa de los cofrades y su asistencia mutua; con su control de los mercados y su fijación de los precios; con la rigurosa calificación de la obra y el adelanto técnico entre operarios que se sentían artifices. Luego, tras este período de plenitud, sobreviene una petrificación del gremio en formas rígidas. La ruptura de la relación heril entre maestros y aprendices; los privilegios y cartas de maestría que dificultan el ascenso de los oficiales a las categorías superiores; la aparición del comerciante en grande escala que controla muchos talleres en forma análoga a la industria a domicilio o sistema de fábrica dispersa; los inventos mecánicos en la hilatura; el descubrimiento de América y las fundaciones portuguesas con sus riquezas torrenciales y la dilatación del área de los mercados; el natalicio del régimen capitalista que se anuncia con los pitazos de la máquina de vapor, van descomponiendo la economía artesana, lo que Sombart llama "idilio medioeval de los oficios". Los fisiócratas rompen fuego contra los gremios y su monopolio, en nombre de la libertad de comercio cohibida, con el edicto Turgot que abroga los privilegios y estatutos corporativos abriendo el ejercicio de las artes, oficios y profesiones a todos los ciudadanos. Este cambio súbito de relaciones económicas, que abandona a los obreros a los azares de la libre concurrencia, acarrea graves trastornos que precipitan la caída de Turgot y se restablecen las instituciones tradicionales. Pero -como explica Martin Saint León- "el edificio corporativo que evocaba la imagen de una catedral gótica de amplias naves, que convocase a todos los fieles a la plegaria, sin distinción de rangos y fortunas, convirtiéndose en una Bastilla que encierra una oligarquía celosa y avara que no se apercibe de que cada vez es mayor el número de sitiadores". La revolución francesa anatematiza todo principio corporativo con la Ley Chapelier, aboliendo los gremios y haciendo de la coalición un delito. Las cortes de Cádiz, en España, descalabran también las corporaciones, declarando el ejercicio de la in-

industria y el comercio, sin necesidad de examen, título o agremiación. En los demás pueblos se estatuye también la libertad de comercio y se destruyen los privilegios gremiales. En nuestro mismo país existe una huella de ese espíritu en la constitución del 86 que establece cómo todo ciudadano puede ejercer cualquier arte u oficio sin que pertenezca a gremios de maestros o doctores.

Más tarde el obrero, estrujado por el capitalismo, con un contrato de trabajo cuya simetría ficticia se rompe en contra suya, indefenso ante la rapiña de los más fuertes, aglomerado en vastas fábricas y centros urbanos industriales, busca su defensa en la coalición, en el derecho de huelga, en nuevas formaciones sindicales llenas de una pugnaz conciencia de clase. Las teorías socialistas en boga, cayendo sobre la desesperación de los de abajo, fomentan el frente revolucionario obrero. Las trade-unions inglesas, la asociación general de obreros alemanes, la federación nacional de sindicatos franceses, la unión de trabajadores españoles, son expresiones de ese espíritu de cohesión y lucha que emerge de las clases laboriosas, llenando el ámbito económico de huelgas y dramáticas insurgencias.

Frente al sindicalismo revolucionario, ahincado en la lucha de clases, cuyos matices doctrinarios y actuación violenta he de desenvolver en prolija exégesis, surgen concepciones antiliberales que preconizan el estado por estamentos, la reorganización corporativa de la economía, la conversión de los sindicatos que crecen prolíficamente al margen del estado en cuadros constitucionales, puestos al servicio de la nación en una colaboración de clases. Este tema fundamental, respecto al cual lo demás es preámbulo e introducción, es el que me propongo desarrollar con amplitud más tarde. Las teorías de Othmar Spann y de Steiner, el solidarismo cristiano, la escuela social católica, los prospectos del conde de Munn y el marqués de la Tour du Pan, la concepción fascista del corporativismo y su verificación práctica, el régimen portugués impuesto por Oliveira Salazar el profesor de Coimbra-, "cuyos ojos tranquilos se posan sobre la inquietud de su pueblo".

Pero no quiero concretarme a estos y otros desenvolvimientos doctrinales y prácticos del ideal corporativo, sino que aspiro a establecer si en este país de "desarrollo combinado", para usar la terminología marxista, donde las clases no están suficientemente separadas y alindradas, es posible cierto corporativismo, no de tipo contemporáneo, pues supondría la presencia de la industria pesada y la bifurcación neta de los grupos sociales, sino de vago acento medioévico, intermedio, atemperado a nuestro estadio económico, a la falta de ordenación vertical en clases y horizontal en profesiones. Si a eso se agregaren las implicaciones políticas de un movimiento semejante, quedaría totalizado mi trabajo, la

tarea hoy incumplida y emplazada, cuyo esquema he hecho en este preámbulo justificativo, a fin de que lo que sigue no se tenga como un simple despliegue erudito, como un relato de hechos inertes e inactuales, sin poder de suscitación. Es este, digo, un cuaderno de apuntes, una compulsa de datos históricos donde el criterio propio halla escasa cabida, preliminar de un estudio cuyo itinerario queda esbozado.

Los Judíos del Antiguo Testamento

Los hebreos del Exodo eran ya operarios en maderas y metales, con maestros de obra como Bezaleel y Aholiab, a quienes Dios hinchó de sabiduría para que dibujaran diseños y construyeran el tabernáculo del testimonio, sus vasos y ornamentos.

Un pasaje de los Reyes revela que en la edificación del Templo de Jerusalem hubo algún agrupamiento por tareas y cierta jerarquía profesional. Así se explican algunas tradiciones y ritos de los masones y de los "Compagnons" de la edad media, organizados en torno a la obra de las catedrales, los cuales hacían remontar a Salomón el origen de sus logias y cofradías.

En el primer libro de los Paralipómenos se alude a varias comunidades laborales de la tribu de Judá, como las familias que elaboraban el lino en la casa de Asbea, los artífices del valle de Carisim y los varones de Chozeba expertos en alfarería. Desde luego estas células de trabajo no son suscitadas por la virtud incorporativa del oficio que suma dinámicamente cifras homogéneas, sino que emergen del marco económico del patriarcado, al diferenciarse las faenas cuando el grupo nómada se torna sedentario. No se trata de una gravitación profesional. Tales artesanos aparecen encuadrados en el vasto sistema familiar primitivo. Pero el vínculo gentilicio váse aflojando paulatinamente. El linaje crece, se bifurca y segmenta, para crear sociedades domésticas más pequeñas y circunscritas, con cierta conciencia de su autonomía y una pertinaz ansia posesora.

Este proceso centrífugo, en que el núcleo troncal se abre como una diáspora en numerosas unidades económicas, acelérase al crecer Israel en poderío. La situación geográfica de Palestina, ubicada entre los imperios egipcio y babilónico, aumenta la importancia del país, hasta hacerlo objetivo de conquista. Los reyes de Judá dominan la ruta de caravanas hacia Gaza y el puerto de Elath sobre el mar Roja. Se establece un próspero comercio con los navegantes fenicios. Mas, al contacto de otras civilizaciones, las sobrias costumbres de los tiempos primitivos padecen quebranto. Hay avidez adquisitiva, lujo, impiedad hacia el próji-

mo .Los hijos de Jacob olvidan graves preceptos de la ley mosaica, como el año jubilar y la remisión periódica de las deudas. El auge mercantil y el sistema de préstamos descomponen el régimen económico y dan al traste con las antiguas virtudes. Los ricos tienen el corazón árido, metidos en su caudal como en plaza fuerte. Los pobres se hallan en desamparo y servidumbre. Entonces surge un estado de tensión religiosa, en que despliegan su palabra conminatoria los profetas, voceros de Dios.

Miqueas, Oseas, Isaías, Ezequiel, Jeremías anuncian el castigo de Israel. Jehová mueve pleito a su pueblo porque faltan los misericordiosos y los justos. Los príncipes de la casa de Jacob prevarican, aman las dádivas y van tras las recompensas. No oyen en juicio al huérfano ni llega hasta ellos la causa de la viuda. Hay quienes se sirvan de su prójimo de balde, no dándole el salario de su trabajo. Jehová no acepta los sacrificios vanos, ni los cánticos, ni el incienso en las solemnidades del sábado, mientras Jerusalem no se purifique de escorias e iniquidades, volviendo a llamarse entonces ciudad de justicia, ciudad fiel. Lavaos, limpiad de malicia vuestros pensamientos y obras, ejecutad el derecho, restituid al agraviado -dice el libro de Isaías- porque ha de venir Jehová, sobre todos los cedros del Líbano altos y sublimes, sobre todos los alcornoques de Basán, sobre todos los collados levantados, sobre toda torre alta y sobre todo muro fuerte, para abatir al soberbio. Para las muchas culpas de Jerusalem -anuncia Jeremías- Jehová enviará contra ella a Nabucodonosor, para que la destruya, y sea puesta por escarnio, y por silbo, y en soledades perpetuas.

Amós, boyero y cogedor de cabrahigos, a quien sacude un fortísimo viento de profecía, anuncia a los reposados en Sión y a los confiados en el monte de Samaria que Jehová entregará la ciudad y su plenitud al enemigo. Ellos habitan en casas de sillares, se ungen con el mejor ungüento, beben vino en tazones y cantan al son de instrumentos musicales. Pero Jehová abomina de sus asambleas solemnes y sus holocaustos de bestias cebadas, porque pisotean la faz del pobre, tuercen el camino de los humildes y afligen al justo. Por eso el Señor va a raerlos como viento solano y oruga a los huertos y viñas. Israel pasará en cautiverio, hasta que Jehová alce el tabernáculo caído de David y replante a su pueblo.

• Aunque sería contrario al conocimiento histórico atribuir a los judíos del Antiguo Testamento el origen de los cuerpos profesionales, confundiéndolos con la organización divisionaria del trabajo colectivo o con formas de la economía patriarcal, es procedente mencionar este pueblo en el desenvolvimiento de los oficios, por cuanto en el mundo antiguo fué el único que no hizo menosprecio de los obreros manuales. Las enseñanzas del Génesis sobre la homogeneidad del linaje humano y su

común raíz en Adán, las tablas de la ley y la voz de los profetas acerca del amor al prójimo y la piedad hacia el pobre, la inmediata relación tribal que hacía de la raza judía una sola vasta progenie, sustentaban el equilibrio social y situaban los hombres en un mismo nivel, por sobre menesteres y fortunas. Impuesto por mandamiento divino a consecuencia de la falta original, el trabajo no sólo era una necesidad de la vida sino un rescate, santificado como el reposo del sábado. Si el código de Manú reserva la actividad económica para las castas inferiores del escalafón y "La República" de Platón, constituida en beneficio de los filósofos y los guerreros, se engraña sobre el haz servil de los productores, en cambio el pensamiento judío ensalza siempre el sudor de la faena física, grato a Dios.

Las castas indias y las uniones de artesanos egipcias

La India es un pueblo estático sobrecogido por prohibiciones religiosas, petrificado en formas vetérrimas. Allí prepondera sobre la técnica el "saber de salvación" -para usar un vocabulario grato a Scheler. En introversión, viviendo bajo el acento de lo divino, sus gentes no aspiran a las mejoras materiales, al acrecentamiento de los bienes físicos, sino a la plenitud del espíritu, limpio de escorias por la sabiduría y el renunciamento.

A través de milenios se mantiene la India sumergida en sí misma, sin aventarse nunca hacia afuera, por la expansión comercial o guerrera. Escasamente practica la navegación, aunque vagos rumores marinos repercuten en sus leyendas, según las cuales hubo en los antiguos tiempos rutas mercantiles oceánicas que la pusieron en contacto con Egipto por el Golfo Árabe. Pero la navegación es contraria a una ley religiosa y el comercio -un acto impuro- no ejerce influjo sobre el conjunto de la vida india. Acaso de la remotísima época en que el tráfico mercantil era lícito y la empresa marítima no violaba ningún precepto, provienen ciertas asociaciones industriales, gobernadas por un consejo, capaces para estipular y comparecer en juicio, que seis o siete siglos antes de Jesucristo se encuentran entre los vaisyas, confiados por el código de Manú en las actividades productoras.

En las cosmogonias de la India se dice que de la boca de Brahma nació la casta sacerdotal, la guerrera de los brazos, la artesana de las caderas y la sierva de los pies. Ese místico origen no sirve para esclarecer el proceso histórico de las castas, aunque sí indica vagamente su rango y las funciones que a cada una le son adscritas. Algunos pretenden deducir las castas de diferencias profesionales primitivas, pues son

diversas tribus que al juntarse han conservado sus actividades peculiares. Esta hipótesis es impugnada radicalmente -por Hegel, entre otros- por cuanto la división del trabajo no es previa nunca sino posterior a la formación del conjunto, en cuyo seno se opera un fenómeno catalítico. una diferenciación progresiva, una diversidad profesional que es el comienzo de la cultura y el resultado de la convivencia.

Esas diferencias en la India están afianzadas originariamente convertidas en determinaciones naturales. Los brahmanes constituyen la clase sacerdotal a través de la cual lo divino se produce y actúa, la tarea guerrera y la valentía son patrimonios de los chatryas, los vaisyas tienen a su cargo los menesteres agrícolas e industriales, los sudras se clasifican como instrumentos serviles. El albedrío no ha de reunir lo que el nacimiento separa. Nadie puede traspasar las fronteras de su clase, desplazarse de un círculo a otro. No existe en la India la libre dedicación a un menester ya que se halla previamente fijado por el ámbito funcional de la casta. La profesión no depende de la subjetividad del hombre, sino que es un estigma ancestral. Los vástagos de cada grupo de familias están vinculados al nacer por los ritos, las tradiciones y los trabajos.

Estos cuatro órdenes histórico-religiosos producen otros derivados, mixtos, a través de las incursiones genésicas de unos en otros. Según una tradición, históricamente válida, los niños nacidos de estos cruces no tenían primitivamente clasificación en las castas, por lo que un sabio rey quiso buscarles encasillamiento. Tal fué el origen de las artes y la manufactura. Los niños sin casta quedaron adscritos a determinados oficios. Unos para tejer, otros para labrar el hierro, aquéllos para distinto menester. Así cada función se hace en el tiempo una propensión psíquica, una memoria de la estirpe. A través de las generaciones se sucede la misma faena en estos núcleos cerrados, que no surgen de la gravitación cohesiva del oficio, sino de un vínculo en el espacio, en el tiempo, en el linaje y en el rito.

Donde hubo antiquísimos gremios de artesanos, con un peculiar ordenamiento jurídico, fué en Egipto. Ya en los tiempos de la dinastía XII, dentro de un rígido intervencionismo, los obreros están adscritos a un servicio, formados en "manos" o equipos de cinco hombres, bajo las órdenes de un "kherp", que tiene el bastón de la disciplina. Sábese además que el rey Amasis dispuso el empadronamiento de la población por oficios, para conocer el número de súbditos y sus modos de vida. Esto trajo consigo, tiempo abajo, una distribución sistemática de los trabajadores en grupos afines, en corporaciones capaces ante la ley. Cada oficio ocupaba con sus talleres y viviendas un sector de la ciudad. El jefe o cabeza del gremio lo representaba en sus relaciones con el estado. En las

inscripciones de Abydos se mencionan los nombres de quienes tuvieron la personería de estos compartimientos legales.

Según dice Diodoro Sículo, los faraones en su reglamentación convirtieron las profesiones en tarea transmisible familiarmente y obligatoria. Pero si esta aserción, no confirmada por los documentos de la época, deja alguna incertidumbre, en cambio es evidente que los oficios se transmitían de padres a hijos para mantener las tradiciones profesionales en largo acrecentamiento hereditario.

Es de advertir que el interés del gobierno egipcio por los gremios no tenía un móvil de garantía y socorro al trabajo, pues el oficio manual se consideraba vil y era compasible la existencia de los obreros, sino de codicia fiscal, por cuanto además del impuesto de capitación y de caza había un tributo por el ejercicio del arte o industria. Se explica de esta suerte que los ladrones, según versiones griegas, estuvieran también gremializados, con autoridades del oficio, encargadas de fijar el circuito reservado a la pericia de cada compañero y la tasa que pagaría el dueño de un objeto robado para recuperarlo.

Maspero, al comentar las finanzas de Egipto bajo los Lágidas, se refiere a ese impuesto sobre los oficios, subsistente a través de las vicisitudes históricas y de distintas dinastías. Los artesanos y los comerciantes pagaban un impuesto para obtener licencia de trabajo. Aún los oficios más míseros estaban sujetos a ese gravamen. Las cuotas eran determinadas por el rango de cada profesión, independientemente de las ganancias, la clientela o la fortuna de cada comerciante o artesano. Dentro de ese estado absorbente, tan rigidamente burocrático como lo fuera luego Bizancio, con tributación en numerario y en especie para la cámara de los tesoros y los silos del rey, con servicio gratuito de los súbditos en las obras públicas de diques y canales, con grandes funcionarios en holganza, los artesanos y los comerciantes recibían del soberano el derecho de ganarse la vida en su oficio, en virtud del dominio eminente de aquél sobre la producción de la industria y de la tierra. Toutain, en su *"Economía de la Edad Antigua"*, hace constar que semejante estatismo, llevado hasta el límite máximo de presión, se derivaba del carácter de las monarquías orientales y no tuvo nexos con el espíritu de la antigua civilización helenística.

Las Asociaciones y el trabajo en Grecia.

Para establecer los orígenes de la asociación griega, su dúplice acento religioso y económico, se requiere una vasta travesía histórica, desde el clan patriarcal hasta la plenitud de la civilización helénica. Hay que asistir a los varios estadios del desenvolvimiento del pueblo griego,

siguiendo el proceso de ensanchamiento de sus núcleos primarios.

Según Aristóteles hay tres etapas para fundar el organismo político perfecto, que son la casa doméstica, la aldea y la ciudad. La primera es el asiento del "genos", la segunda un enjambre de familias con compartimientos o alvéolos, la última un circuito de aldeas bajo el gobierno de un rey y la asistencia de la divinidad poliada.

Es un esquema análogo al empleado por Fustel de Coulanges y Gustave Glotz para explicar el origen y las instituciones de la ciudad antigua, puesta bajo el signo religioso. Clan, fratria, tribu, polis. La familia se va dilatando en círculos concéntricos. El "genos" sedentario es un conglomerado de tipo místico, un haz sentimental y jurídico que se funda en el culto del antepasado epónimo, con una justicia familiar y unos ritos domésticos, un hogar común y una tierra que laborean todos obligatoriamente, para hacer prósperos sus olivares, viñas y pasturas. Los clanes vecinos suelen enemistarse y para evitar su estrago nace un derecho más amplio que el doméstico, muy semejante al que ha de hallarse luego entre los pueblos germánicos, no sólo porque se establece el rescate de sangre -poiné- en las muertes violentas o la fuga del culpable con responsabilidad de su "genos", sino también unos tratados de amistad -philotes- entre las familias enemigas de la víspera, que sacrifican ante sus dioses asociados, se sientan en torno a la misma mesa y mezclan su sangre en la copa de la alianza. Imperativos de orden militar y económico modifican paulatinamente la estructura autónoma y autárquica del clan para dar origen a agrupaciones frátricas, solidaridades más vastas, compañías guerreras cuyos componentes se denominaban "phrateres" o "hetairoi". Las fraterias reunidas, generalmente para expediciones, forman las tribus, cuyo afincamiento territorial promueve un nuevo organismo que es la polis. Esta no anonada al "genos", la fratria, la tribu, sino que engloba tales grupos en su marco, aunque entre ella y las autonomías patriarcales se mantiene un estado de tensión. El culto de los antepasados se amplía hasta constituirse, sin detrimento del rito doméstico, una religión poliada que sustenta la ciudad e informa las instituciones, como que el patriotismo es una piedad municipal y el destierro una excomunión.

Las grandes familias, que dan nombre a la localidad de su asiento, constituyen una especie de sistema solar frátrico con otras más secundarias y modestas. Los griegos que habitan el mismo territorio de los grupos gentilicios, sin integrarlos, forman asociaciones facticias, análogas a las fratrias, aunque diferentes por su origen. Eran las thiasas. Estas cofradías perpetuaron oscuramente las creencias más antiguas, difundieron los ritos órficos y dionisiacos, reverenciaron las divinidades excluidas de los cultos oficiales. Las componían gentes humildes y restos de minorías nacionales.

El aspecto más acusado de la ciudad griega es el reparto por tribus y fraternías. Los que no están dentro de tales demarcaciones llevan una vida ominosa. Unos cavan avaros huertos para comer acelgas. Otros, desposeídos de bienes, yerran por la ciudad y trabajan para el público. Se llaman demiurgos. Son adivinos, cantores, herreros, carpinteros, alfareros. Los que no tienen un oficio viven al azar y se arriendan por una soldada, lo que no obstante su condición de hombres libres los convierte en "tetos", mercenarios. Puesto que no forman parte de un "genos" están fuera de los marcos de la ciudad. Sin hogar, sin la protección de la themis, sin acomodo en la fraternía, carecen de valor social y de derechos. "Esta sociedad -explica Gustave Glotz en *"La ciudad griega"*- no tiene que ver con hombres aislados, no es el ensamblaje confuso de individuos sino un conjunto armónico de tribus, compuestas de fraternías hechas de genos. No comprende indistintamente a los individuos domiciliados en su territorio, sino a las sociedades cerradas y superpuestas que le dieron origen. Para figurar entre los ciudadanos es menester pertenecer a un núcleo de hermanos y de compañeros".

Así se explica sobradamente la tendencia a asociarse del griego. Fuera de los marcos gentilicios, vanse formando tiempo adelante asociaciones libres de carácter utilitario y sentimental. Unas aristocráticas, otras de gentes modestas. En los tiempos homéricos los guerreros más ilustres estaban ligados en hermandad por vínculos solemnes. Nombrábanse hetairios. Posteriormente, en la época clásica, las personas ricas fundaron hetairías, clubes políticos y asociaciones gastronómicas que dieron origen a la literatura de los banquetes. Estas sociedades de comensales estaban tan difundidas, que en Beocia según Polibio pusieron en riesgo la estabilidad de la familia y su patrimonio, ya que los hombres reservaban para ellas la cuota mayor de sus bienes. Al lado de las hetairías estaban las thiasas, antes dichas, diferentes en rango y objetivos, que se propagaron particularmente en los puertos y barriadas de las afueras, donde había un aflujo continuo de extranjeros.

"La libertad de asociación era tan compleja -dice Glotz- que las gentes se agrupaban por nacionalidades, por religiones, por oficios. Los antiguos alumnos de los gimnasios constituían pequeñas repúblicas con sus magistrados y asambleas. Los filósofos eran jefes de escuela que se encerraban con sus discípulos en un jardín concluso, liceo o academia. Comerciantes de costumbres exóticas y simples esclavos se reunían en capillas para celebrar ceremonias que producían entre los espectadores una impresión profunda, pues siempre se le dió buena acogida a las divinidades bárbaras, por cuanto los cultos públicos, con su pompa glacial, no suscitaban ese hervor de las imaginaciones inflamadas. Los dioses poliados, en olvido, veían a su pueblo estrujarse en las cofradías,

exaltarse en las fiestas patéticas de los orientales o asistir en el Pireo a la procesión de las Bendias tracias”.

Esta somera reseña precedente ilustra sobre el carácter religioso originario de las asociaciones griegas, que a través de su evolución paulatina hacia el objetivo económico conservaron los viejos nombres como se deduce de la cita hecha en el Digesto, libro 47, título 22, “De Collegiis et Corporibus”, donde se transcribe una ley de Solón, conservada por Gayo, que permite a los gremios de Atenas y particularmente a los nautas darse sus reglamentos siempre que no sean ellos contrarios al ordenamiento jurídico y al interés del estado. Es menester ver ahora cómo se va operando ese movimiento traslaticio.

En los tiempos de los primeros laqueos, sobre una eminencia, en el recinto de la ciudadela, hallábanse el santuario de la divinidad poliada y la mansión del rey. Es la acrópolis, escarpada y fuerte, provista de torres y altas puertas, que se describe en los poemas homéricos. Fuera del perímetro fortificado se amontonan las viviendas de los campesinos, siervos, artesanos y mercaderes. Es el asty, lugar habitado que circunda la acrópolis, cuya superficie está arrendada por el rey, que conserva sobre ella un dominio eminente. En el asty confluyen los caminos y se operan los trueques. Luego “el fluido nombre de polis -según el texto de Gustave Glotz precitado- se comunica a las barriadas rurales que viven a su sombra. La palabra que designaba primitivamente una acrópolis concluye por comprender la ciudad y sus confines”. Esto se revela por el hecho de que los reyes de la primera dinastía en Micenas aparecen enterrados en fosas en la colina fortificada y los de la segunda en túmulos fuera del recinto. En “la poderosa y amurallada Tirinto” los caseríos del asty antiguo aparecen ya circunvalados por la pétrea camisa.

El trabajo se cumple en los distritos rurales por la familia, ayudada de algunos siervos, para quienes existe un benévolo trato en esta primitiva relación heril. Entre los habitantes del mismo poblado preséntanse periódicamente cierta actividad cooperativa, por ejemplo en la recolección de la cosecha. La economía doméstica se basta a sí misma. El propietario agrícola de escaso patrimonio construye sus aparejos y herramientas. Ulises era carpintero de armar y de taller, ebanista y segador con dalla ú hoz, según el relato homérico. Hay pocos oficios diferenciados. Hesiodo en “*Los Trabajos y los Días*” enumera diversas profesiones como albañil, alfarero, herrero.

Luego la actividad humana crece y se diversifica. La vida de cada individuo se aplica a una tarea circunscrita. En el recinto del hogar se muele y se hila, pero la industria doméstica autárquica hácese insuficiente para las nuevas necesidades. Aparecen, pues, individuos dedicados a determinada labor, que suministran a los demás utensilios, herramien-

tas y productos manufacturados. Progresan la división del trabajo y los oficios se van multiplicando. La panadería y la molinería, por ejemplo, ya se han destacado del ámbito familiar para constituir profesiones lucrativas.

El comercio empieza en el mercado urbano y aldeano, donde los modestos productores, asistidos a veces de revendedores y buhoneros, permutan y venden. Se hace más próspero el intercambio. En su libro sobre *"El Trabajo en la Grecia antigua"* Gustave Glotz hace una descripción movida del ágora de Atenas: "El hortelano viene a la ciudad con sus frutas y legumbres. El propietario envía allí sus asnos cargados con leña y madera. El acarcanio trae sus seras de carbón. Cuantos tienen algo para la venta, esclavos portando telas nuevas, artesanos del Cerámico y de Scambonides, aldeanos salidos al alba de sus lugares y megarenses que conducen piaras de cerdos, confluyen y se cruzan. Por las avenidas bordeadas de árboles llegan hasta los sitios asignados a toda suerte de mercancías, separados por vallas movibles. Sucesivamente, en las horas reglamentarias, se abren los mercados a las legumbres, a las frutas, al queso, al pescado, a la volatería, a la quincallería, a la leña".

La economía va rompiendo el cerco de las prohibiciones religiosas. La división del trabajo, el cambio de servicios y de productos, aproximan a los grupos diferentes u hostiles. Las reuniones periódicas de los mercados regularizan la vida económica. "El sistema de la comunidad del mercado -dice Huvelin- debía conducir necesariamente a una fusión de los grupos que lo frecuentaban. El mercado, provisto de órganos comunes, es el vértice de una sociedad que tiene que reajustarse a la división del trabajo y sus consecuencias. Alrededor del mercado se agrupan los comerciantes y artesanos. La paz del mercado los protege permanentemente. El conglomerado de viviendas en forma de ciudad caracteriza una civilización comercial. La ciudad es un mercado donde son permanentes las tiendas y talleres".

El comercio solidariza los grupos sociales a través del espacio. Tiendas y mercados satisfacen las urgencias locales, pero con las grandes ferias periódicas y fijas el cuadro empieza a ensancharse. Las festividades religiosas y las treguas sagradas, los juegos de Olimpia y las Panateneas, son utilizados a la vez por los mercaderes y por los fieles.

La expansión de los griegos, sobrevenida posteriormente, mediante factorías y establecimientos coloniales, es un hecho histórico trascendental que influye sobre la economía de los pueblos mediterráneos. Tucídides y Platón señalan como causa próxima de la colonización la carencia de tierras, harto improbable porque la población era poco densa. Hablan algunos de la propiedad familiar indivisible, lo que no tiene mucha exactitud histórica, por cuanto según Homero y Hesíodo las herencias

formadas por fincas rústicas podían ser divididas entre los causahabientes. También motiva la colonización, a juicio de otros, el encono de las facciones políticas, que alejan de la ciudad a los partidos vencidos. El auge de la navegación, las empresas marítimas y el desenvolvimiento del comercio fomentan los establecimientos coloniales. Se fundan factorías agrícolas lo mismo que puertos de escala y de acecho, que hacen crecer el área económica de la raza griega. La industria creciente y el tráfico mercantil destruyen la economía agraria de la sociedad homérica. Los griegos implantan su supremacía naval, rechazan a los fenicios a las costas del África y las vecindades de las Columnas de Hércules, surten con productos helénicos los mercados que aquéllos abastecían. Se trabaja la arcilla, los metales, las maderas, las pieles, el lino, no apenas para el consumo interior sino para volcarlos sobre el mundo antiguo, pues de las dársenas griegas salían ahora los navíos llevando hacia los pueblos civilizados y bárbaros objetos manufacturados, vinos, aceites, bisutería, orfebrería y toréutica. "Comparados con el comercio helenístico, los fenicios apenas habían tenido una simple buhonería marítima" -dice Toutain en su *"Economía de la Edad Antigua"*.

La navegación tuvo un inusitado esplendor. Durante la época de la colonización griega, los estados navegantes, en virtud de la división internacional del trabajo, recibían del extranjero, cuerdas, velamen y maderas, para aparejar sus barcos. Las embarcaciones primitivas dedicadas al cabotaje, que Hesíodo describe, fueron fácilmente superadas. Como medios de propulsión se utilizaban simultáneamente la vela y el remo. Toutain establece que el trirreme fué conocido siete siglos antes de Jesucristo. Pero generalmente se prefería la vela en el comercio. El mismo autor habla del potente velamen, sostenido por mástil y verga sólidos, que cubre los barcos mercantes. Viajan siempre circunvalando la costa, con tierra a la vista. En la primavera el viento sur los empuja hacia Tracia y el Ponto Euxino, luego los vientos etesios favorecen su retorno en otoño. Como las viejas radas no sirven, son cavados los litorales para construir escolleras, muelles y malecones que protejan de la pleamar las naves ancladas y les facilita el desembarco de las mercancías.

Si en el ciclo homérico u hesiódico había escasa oportunidad para el ejercicio sistemático de una profesión, para la mano de obra técnica, pues los objetos útiles son de fabricación doméstica y los suntuarios se adquieren en el trueque, en cambio antes y después de la expansión griega, durante la época clásica, las ciudades asisten a la formación de una heteróclita clase obrera, acogida en los grandes talleres y astilleros o en la industria pequeña y mediana. El tráfico mercantil determina una proliferación de talleres, abundantes industrias, mercados numerosos, producción normal y fructuosa. Pericles enumera en un discurso, entre las

distintas profesiones vigorizadas por su política, carpinteros, escultores, batidores de oro, torneros en marfil, tejedores de lino, sogueros, carreteros, zapateros, mineros, cinceladores. Se acentúa la división del trabajo y la especialización hasta el exceso. Jenofonte refiere que en las grandes ciudades cada artesano ejerce solamente un oficio, con limitaciones estrictas, puesto que había operarios de calzado masculino y de calzado femenino, unos cortaban el cuero y otros lo cosían. En "Las Leyes" Platón recomienda que quien trabaje el hierro no ocupe también en talla de maderas, pues ninguno puede ser hábil en dos faenas diferentes.

Es muy ilustrativo al respecto el texto de Guiraud sobre "*La mano de obra industrial en la Grecia antigua*". En la industria textil, la lana, antes de salir al mercado, pasaba por cardadores, hilanderos, bataneros y tintoreros. La fabricación del lino y el bordado eran ramas industriales distintas. El trabajo sobre las pieles daba origen a múltiples oficios, como zurradores, zapateros, silleros, guarnicioneros, fabricantes de corazas y odres de cuero. Los carpinteros eran de armar y de taller, constructores de barcos o de ribera. En el Erection de Atenas trabajaron tallistas en piedra, marmolistas, aserradores, carpinteros, plomeros, tejedores y doradores. En el santuario de Epidauro, ya como empresarios o como obreros, concurren innumerables operarios de clasificación muy varia.

La división del trabajo es la regla. Excepcionalmente un mismo obrero construye y techa un edificio, talla piedra y madera. "En el período helenístico llevóse muy lejos la especialización -dice Toutain-. El carpintero que coloque la viga de olmo destinada a sostener las transversales del techo, ha de esperar que el albañil iguale la hilada de piedra o ladrillo. Los canteros no aguzan sus propios instrumentos. En Mileto los operarios que tallan finamente las baldosas de mármol de los paramentos, no son los mismos que desbastan los bloques extraídos de las canteras. Entre los faquines se distinguen los que llevan los sacos y los que distribuyen la leche. Diferentes obreros fabrican las telas groseras y los othonia finísimos. Los tejedores se diferencian de los que recogen los desperdicios de la lana. Los picapedreros rehusan desescombrar la arena o quitar las capas de los guijarros". Según Jenofonte, las clámidas, clánides y exónides eran trabajadas no sólo en talleres diversos sino en ciudades distintas, sobresalientes cada una en su producto predilecto, como Mileto en túnicas y la isla de Cos en telas leves.

Desde luego el desarrollo industrial no rebasa ciertos límites. La falta de técnica no permite la ampliación indefinida de la industria. Grecia no conoce la máquina. Los núcleos obreros están en talleres, nunca en vastas fábricas. Neurath calcula que jamás hubo más de cincuenta operarios en un taller. La categoría económica colectiva es el grupo de va-

rios artesanos que trabajan con sus ayudantes, con escasa diferencia funcional entre la empresa grande -que era una agrupación de talleres- y la pequeña -un taller autónomo-. La división del trabajo se efectúa horizontalmente, en múltiples oficios clasificados, no en forma vertical dentro del taller, con la ingerencia de operarios especializados en cada fase elaborativa del mismo objeto, tal como ocurre hoy en las grandes fábricas, donde el obrero está adscrito a un solo movimiento mecánico, es accesorio viviente de una máquina.

La mano de obra procede de distintos sectores sociales. Había hombres libres y esclavos, ciudadanos y metecos. En las minas y canteras trabajan los condenados a estas penas por los tribunales. Junto a los modestos patronos con escaso número de ayudantes y los obreros sueltos que no formaban en un equipo artesano, eran numerosos los talleres y astilleros particulares servidos por esclavos. También a los esclavos los empleaba el estado para el servicio público. Tratábase generalmente de cautivos de las guerras. En la economía doméstica agraria poco recurría el labriego a herramientas vivas que lo asesorasen. Pero en la industria el sistema esclavista proporcionaba mano de obra abundante y barata para competir con el trabajo libre. Aunque sin extenderse el tráfico esclavista, tanto como ha de verse luego en Roma, la cría de esclavos es también en Grecia una causa de lucro, pues sus dueños los suministran en venta o los arriendan con pingüe ganancia.

La competencia del trabajo servil y la explotación del capital agobian a los artesanos y pequeños cultivadores. En la agricultura se produce una evicción sistemática de los propietarios rurales, en beneficio de empresas vastas como el cultivo de olivares y viñedos en amplias superficies. La manufactura quiere reducir a los obreros libres al régimen del salariado. Triunfa el poder del dinero, la crematística, el capitalismo griego, produciendo vuelcos y avatares sociales. Los grandes señores y los caballeros se han dedicado al comercio con ahinco, haciéndose armadores y exportadores. La fortuna crea nuevas clasificaciones en la jerarquía ciudadana, como que la riqueza y la nobleza se fusionan en un solo estamento. Hay un ansia desbridada de poseer. El rico, ávido y voluptuoso, ostenta un lujo insólito. Se busca el lucro para levantar suntuosas residencias, tener bellas armas y objetos de boato, agasajar con vinos selectos y joyas a las mujeres de la familia y a las cortesanas, servir opíparamente a los invitados ilustres y a los parásitos del cortejo. En tanto los agricultores sudan vanamente en búsqueda de la congrua subsistencia. Los obreros libres se ven en frecuente paro involuntario, por la abundancia de la mano de obra extranjera y servil. Se suscita de tal suerte una áspera lucha de clases, en que los unos se engrienen en sus privilegios y los de abajo se exasperan con las arengas de los demagogos.

Hay una psicología de clases, afincada sobre el resentimiento. Los humillados por la vida tienen una susceptibilidad mórbida. Cuando los distintos grupos encuentran que los intereses económicos los separan se abre entre ellos un ancho foso. Los ricos "se hartan de bienes hasta reventar". Los demócratas apelan a la violencia.

Al comienzo de esta pugna en Atenas cuando el pueblo clamaba por la condonación de las deudas y el reparto de tierras, Solón impuso con su reforma una tregua entre las clases enemigas. Aunque en las leyendas de Grecia se adjudica al fabuloso Teseo la distribución del pueblo griego en colegios profesionales, es Solón el promotor histórico de los gremios atenienses. En otro lugar se hizo mención de la ley de Solón, que aparece transcrita en el título 22, libro 47 del Digesto. En ella se autoriza la formación de corporaciones, siempre que no sean contrarias al estado. También en la legislación solónica se exige a los ciudadanos una actividad productiva, declarando infames a los hombres convictos de ocio por tercera vez y abriendo el pritaneo a los más hábiles de cada oficio. Solón -entre los grupos antagónicos- busca un equilibrio de contrarios. Todos los ciudadanos divididos en cuatro clases según su fortuna, tienen asiento en la asamblea, aunque existe una preferencia de los grandes propietarios y los caballeros, a quienes dentro de esa timocracia o constitución censitaria se otorgan las altas funciones públicas, los honores.

Solón quiso mantenerse firme entre las clases hostiles, tal como un mojón, apoyándose en los grupos medios. Entre las facciones extremas -dice un texto- pudo levantarse y cubrir una tras otra a ambas partes como un sólido escudo. Pero soterradamente continuaba el encono entre las clases, las dos ciudades enemigas contenidas en el mismo recinto. Después de Solón, Presistrato contuvo el espíritu de facción y quiso habituar el pueblo a la observancia de las leyes, verificando en el hecho colectivo lo que en Solón fuera teoría, ordenamiento jurídico -según dice en una carta Diógenes Laercio. Más tarde, en la lucha entre el partido de Iságoras y el de Clístenes, triunfan los Alcmeónidas. Clístenes suprime la pausa aristocrática que aún existía en la constitución de Solón, disminuye el influjo de las grandes familias y hace de las cuatro "filai" diez comunidades, continentes de los demos y fratrias. Pericles -figura representativa, carácter plástico, llamado el Zeus de las individualidades griegas- quebranta el poder del areópago y entroniza mejor la democracia, la cual ha avanzado en Atenas mitigadamente, haciendo conquistas de igualdad política por giros paulatinos, como que a fines del siglo V según testimonios de Aristófanes y Jenofonte, los artesanos dominan en la asamblea. Pericles hizo destinar el dinero del estado para el pago del salario de los operarios. Peones camineros, picapedreros, ta-

llistas, tuvieron empleo, al par que desenvolvían su actividad navegantes y comerciantes, con sus obreros y empleados. Los fabricantes y artesanos se destacan entre los grandes núcleos ciudadanos, como que fueron los que hicieron el esplendor de Atenas. En su oración a los caídos en la guerra del Peloponeso, Pericles hace la alabanza de la ciudad clarísima y describe la interioridad del estado nuevo.

Pero no obstante ello la bifurcación social se renueva y acentúa, aunque más escasamente en Atenas que en las demás ciudades de la civilización helénica. Dentro de cada clase se forman agrupaciones. Surgen entre los de arriba sociedades de banqueros, compañías para el arrendamiento de los tributos, corporaciones de mercaderes y navegantes. Los pobres se gremializan en torno a las antiguas cofradías, introduciendo en ellas una significación nueva, pues en adelante no fueron simples congregaciones religiosas, cuyos adeptos sacrificaban ante unas mismas divinidades y celebraban en común las fiestas simbólicas, sino que tenían un carácter de mutualidades y un objetivo de fortificación gremial. No obstante el acento místico mantuvo su influencia. El lugar de cita era un santuario y desde allí manifestaban su voluntad por decretos. Se les nombraba con diversos vocablos, hetairías, eranes, thiasas.

En todo el haz del mundo helenizado, bajo Alejandro y después de Alejandro, hubo numerosas formaciones gremiales. Ya se ha hecho mención de los cuerpos de artesanos egipcios, antiquísimos, que se mantuvieron a través de los cambios políticos. En Alejandría los moledores del dourah y los descargadores del puerto tenían su organización y reglamentos semejantes a los de los obreros de los muelles de Berinto y Laodicia de Pieria. En Tebas hasta los embalsamadores y los guardianes de los cementerios estaban gremializados. En cuanto centro urbano contenía un vasto conglomerado obrero, en los estados de los seléucidas, lágidas y atálidas, era muy fuerte la tendencia a la asociación profesional.

Por entonces sobrevino un desempleo de la mano de la obra libre, competida por extranjeros y esclavos, determinando una baja de los salarios y la desesperación de los núcleos artesanos. Eran frecuentes las disputas entre patronos y obreros. Hubo huelgas rudimentarias en forma de asonadas, cada vez que el propietario trataba de evadir el pago de los jornales. Pero a la postre, con la prórroga de la cesantía y el escaso estipendio, los trabajadores cambiaban la herramienta por las armas, incorporándose como mercenarios en las falanges, con el halago del botín y la soldada.

En Grecia los oficios fueron poco avaluados socialmente. Aunque el auge industrial, la ingerencia de gentes nobles en las empresas lucrativas, la final preponderancia de los artesanos en las asambleas, contribuyeron a modificar parcialmente ese desdén por los trabajos manuales,

siempre fueron de íntima jerarquía ciudadana los operarios. Los filósofos y hombres más ilustres menospreciaban al artesanado por cuanto a su juicio la sabiduría sólo podía lograrse entre abundantes ocios, no siendo por ello accesible a quienes estaban sujetos a la cotidiana fatiga, en menesteres mecánicos propios de siervos. Faleas de Calcedonia propuso que los artesanos fueran esclavos del estado, según refiere Aristóteles. En *"La República"* y *"Las Leyes"* de Platón, los productores forman una comunidad inferior encargada de sustentar a los filósofos y los guerreros, custodios del estado. Aristóteles dice en *"La Política"*: "Hemos definido al ciudadano, diciendo que es el que tiene derecho a llegar a las magistraturas. Deben incluirse los artesanos entre los ciudadanos? Si han de contarse entre ellos, aún no teniendo acceso a las magistraturas, no podrá decirse que la virtud de todo ciudadano sea la misma. Es cierto que conviene elevar al rango de ciudadanos a cuantos la ciudad necesite para existir. Pero la ciudad modelo no admitirá nunca al artesano en el número de los ciudadanos. Si se le admite no podrá decirse que la virtud política -saber obedecer y mandar- pertenece a todo ciudadano, sino a todos los que no necesitan trabajar para vivir. Los que sirven al público deben estar excluidos de los honores, que sólo pueden conferirse a la virtud y al mérito, imposible de ejercitar haciendo vida de mercenario o artesano. Se ve pues, que hay diversas clases de súbditos y que el título de ciudadano corresponde más bien a quien tiene parte en los honores públicos, según dice Homero a propósito de Aquiles". En otro capítulo agrega: "No todas las cosas útiles deben enseñarse, pues algunas hay de uso liberal y otras que no son para hombres libres. Importa, pues, no comunicar a la gente moza más que los conocimientos que no le impongan un género de vida sórdido y mecánico. Ahora bien, debe considerarse mecánico todo arte que haga al hombre incapaz de los ejercicios y acciones de la virtud, que perjudique su cuerpo o su alma o su inteligencia. He aquí por qué llamamos mecánicos todos los oficios, todas las artes que alteren las disposiciones naturales del cuerpo, todas las obras mercenarias que quitan al pensamiento vuelo y altura. El trabajo hecho para otros es mercenario y servil".

Así, pues, la santa ley del trabajo, cuyo origen celeste y grandeza proclamaba Hesiodo, vino a tenerse en menosprecio y escarnio. Los obreros, agrupados o sueltos, soportaban un estigma social. En la decadencia griega llevaron una existencia de azar y desventura. Los gremios continuaban su función de apoyo mutuo, celebraban los funerales de los compañeros en su santuario particular y con sus sacerdotes, a veces hacían fiestas de carácter jovial o participaban en las escaramuzas de las facciones, pero arrastrando siempre sus días precariamente, en el tramo de Grecia.